



Análisis Económico

ISSN: 0185-3937

analeco@correo.azc.uam.mx

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad

Azcapotzalco

México

Ávila Sandoval, Santiago

Una reflexión sobre la historia de la economía prehispánica

Análisis Económico, vol. XVIII, núm. 39, tercer cuatrimestre, 2003, pp. 325-340

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=41303915>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Una reflexión sobre la historia de la economía prehispánica

*Santiago Ávila Sandoval**

Introducción

Este artículo aborda el debate desarrollado en el siglo pasado relativo a los modos de producción en las sociedades no europeas, conocidos como modos de producción precapitalistas. La discusión tuvo, en su momento, amplios significados porque implicaba dos cosas: primero, recuperar el diseño original del esquema evolutivo de los modos de producción esbozado por Carlos Marx; y segundo, dar pauta a un modelo incluyente del desarrollo de la humanidad.

Esta discusión, que concentró la atención de los estudiosos del México antiguo durante los años sesenta y hasta mediados de los ochenta del siglo anterior, giraba en torno a las características de la formación económico social presente en las sociedades prehispánicas y que fue alentada por una serie de ideas apenas esbozadas por Carlos Marx sobre un Modo de Producción Asiático¹ y la posibilidad de su aplicación para el caso del México antiguo, propició que americanistas de todo el orbe aportaran ideas para construir un modelo teórico que permitiera el estudio científico de una sociedad que dejó testimonios abundantes pero que hasta entonces apenas era explicada.²

* Profesor-Investigador del Departamento de Economía de la UAM-Azcapotzalco (sas@correo.azc.uam.mx). Deseo agradecer los comentarios de Lucino Gutiérrez y Pablo Escalante.

¹ Godelier, Marx y Engels (1969).

² El México prehispánico no fue la única sociedad que “padeció” la aplicación de una perspectiva “científica” como la marxista. Así, se buscó un periodo esclavista en China, Japón o África; uno feudal en el Islam; etc. Aún

La discusión se vio potenciada por la falta de información histórica sobre el periodo prehispánico (y correlativo a ello, las grandes lagunas que dejaban los pocos testimonios existentes); además del escaso trabajo arqueológico y el limitado procesamiento de sus resultados. En fin, existía campo propicio para la especulación. Además, en la discusión se agregaron los temas relativos a la tipología del Estado prehispánico y las características de la estratificación social entre los antiguos nahuas.

Las hipótesis y los resultados no lograron construir un consenso que permitiera realizar una formulación concluyente que explicara las características observadas y las hiciera compatibles con el esbozo teórico. El tiempo dejó sobre la mesa un aparente empate, que con otra dosis de tiempo se volvió abandono y olvido. En la actualidad a nadie parece importarle retomar esa vieja discusión. Sin embargo, a la luz del presente se puede observar que la polémica enriqueció el conocimiento sobre las sociedades prehispánicas y las no orientales, amplió las posibilidades del multievolucionismo social, pero no llevó a resultados específicos en referencia al objeto del debate mismo.

Este artículo toma como ejemplo la discusión para mostrar cómo una visión paradigmática tiene la ventaja de ordenar el conocimiento, pero posee la desventaja de generar dificultades para su desarrollo. Es decir, se puede mostrar que la categoría del Modo de Producción Asiático por sí misma no fue ordenadora de las explicaciones requeridas para la comprensión del mundo prehispánico, pero permitió encontrar nuevas rutas al conocimiento del mismo y precisamente por los elementos de negación con que su formulación fue finalmente considerada.

En la actualidad, el camino de la historia económica prehispánica se traza por otra geografía y con otras corrientes del pensamiento.

1. El contexto, la teoría del Modo de Producción Asiático y su desarrollo

A mediados del siglo XX se anudan varios procesos y preocupaciones que dan cauce a la discusión cuyo estudio nos ocupa. De forma sintética destacamos tres hechos. El primero es la publicación en 1939 de un manuscrito elaborado entre 1857 y 1858, inédito hasta entonces, cuyo título en alemán es *Formen die der Kapitalistischen produktion vorhergehen*, e incluido en los famosos *Gundrisse der kritik der polistischen oekonomie*. El texto publicado en español por la editorial siglo XXI, hasta el año de 1971, es acompañado de una introducción escrita por Eric Hobsbawm, connotado historiador marxista inglés.

más, a otros periodos de la historia nacional también les fue aplicado este esquema, baste recordar los esfuerzos para encontrar feudalismo en el periodo colonial.

En ese libro Marx esboza un esquema evolutivo para la sociedad humana. Traza un proceso de varias etapas que a saber son: comunidad primitiva, modo de producción asiático, modo de producción antiguo, modo de producción esclavista, modo de producción germánico, modo de producción feudal y modo de producción capitalista.³

La publicación de las *Formen* permitió retomar una categoría de análisis que había sido abandonada en la primera mitad del siglo XX por sus implicaciones ideológicas y políticas: la categoría de modo de producción asiático.⁴ A la par que rompió la hegemonía de la periodización stalinista de: comunidad primitiva–esclavismo–feudalismo–capitalismo–socialismo convertida en dogma de fe en todos los manuales de historia como única senda válida para transitar por el camino de la revolución y la emancipación social.⁵ Y dio vida a un debate que giró en dos vertientes: la discusión sobre una posible periodización de la historia humana que tomara en cuenta las evidentes divergencias observables en otras partes del mundo, y el debate sobre el carácter de las sociedades no europeas y en concreto de la sociedad mesoamericana.⁶

Los resultados fueron una amplia discusión a partir de los años sesenta abierta por la publicación del libro de Karl Wittfogel, *Oriental despotism*, en el año de 1957. En donde señala, entre otras cosas, las divergencias existentes entre el modelo stalinista y la realidad observable, el texto enfatiza, ante todo, la necesidad de un mayor trabajo empírico antes de realizar formalizaciones teóricas.⁷ A la par que se fueron agregando nuevos trabajos que partían de premisas metodológicas similares: antes de la teoría, análisis de ejemplos concretos. Asumiendo que la formulación teórica dada por Marx bastaba, por el momento, para encarar el estudio de regiones y momentos específicos.

A primera vista se pudo apreciar que la sociedad mesoamericana no mostraba un conjunto homogéneo de elementos que hiciera posible identificar un modo de producción específico. Al parecer, había una mezcla de diversos “mo-

³ Marx y Hobsbawm (1971) y Marx, Engels y Godelier (1969: 18).

⁴ Sofri (1971).

⁵ Paradójicamente, la tarea de numerosos historiadores marxistas llegó a consistir “no ya en tratar de descubrir la historia, sino de <reencontrarla>, reencontrar una etapa esclavista, una etapa feudal, etc”. Marx, Engels y Godelier (1969: 43).

⁶ “Expulsada del marxismo, la noción sería recogida por un sinólogo, K. Wittfogel, y utilizada para demostrar que los marxistas habían rechazado esta noción por temor a reconocer en ella la confesión de su totalitarismo, la confesión de que una clase burocrática, que dispone de un poder despótico, podía erigirse sobre las formas de propiedad colectivas socialistas” Marx, Engels y Godelier (1969: 42).

⁷ Por otro lado, el libro fue recibido con desconfianza por el notorio anticomunismo del autor.

dos”. Lo cual generó más dudas que certezas. La parte teórica se salvó con la idea de “formación económico-social” que implicaba un proceso histórico de transición entre las sociedades sin clases y las sociedades con clases. La forma y los alcances de esa “transición” se discutieron profundamente. Además, había una necesidad práctica inmediata: explicar el atraso del mundo no europeo en términos diferentes a la explicación dada por el colonialismo y la supuesta superioridad racial, cultural, política y económica europea.

Los principales elementos del Modo de Producción Asiático a buscar en las sociedades antiguas fueron: estratificación social sin llegar a constituir clases sociales en comunidades aldeanas igualitarias, inexistencia de la propiedad privada de la tierra, producción no orientada hacia el mercado con uso limitado de moneda, un estado propietario de la tierra coordinador del esfuerzo social canalizado preferentemente a la realización de grandes obras hidráulicas, centralización de los excedentes y su disfrute por parte de un reducido grupo de privilegiados que heredaban las prebendas, urbanismo poco desarrollado, y un esclavismo que no excluía la libertad personal del individuo.⁸

El segundo elemento del contexto es el proceso de descolonización acaecido en Asia y África y que tomó características propias, acordes a los espacios en donde se manifestó. En África se plasmó en los procesos de independencia nacionales, los cuales tomaron rápidamente la senda de revoluciones socialistas y que abogaban por el uso de la violencia como herramienta emancipadora;⁹ en el mundo árabe fue la creación de manifestaciones políticas que crearon la ilusión de una senda autóctona al amparo de liderazgos propios (Nasser, el movimiento Bath y el panarabismo) o modelos síntesis (como el llamado Socialismo verde).

En América Latina se mezcló con la reflexión sobre el evidente atraso económico, la dependencia política y la forma de remediar ambos *análisis*, que proyectó como solución la revolución social a ejemplo de Cuba y su adopción del socialismo a la soviética y el modelo de partido único, y que por otro lado, desde arriba impulsó diversos populismos que buscaron crear un sistema y una identidad propios, “combinando” lo mejor de los sistemas capitalista y socialista (como Perón en Argentina y los esbozos de socialismo con Cárdenas en México, o en el esfuerzo fallido de Salvador Allende en Chile, entre otros), además de revalorar un pasado por sus propios méritos.¹⁰ Todos ellos intentando sobrevivir en un mundo bipolar que buscaba ganar o conservar adeptos por cualquier medio.

⁸ Marx, Engels y Godelier (1969: 20-25).

⁹ Como tan claramente se puede apreciar en el libro de Franz Fanon *Los condenados de la tierra*.

¹⁰ Bartra (1969: 11-12).

El tercer elemento del contexto es la particular situación del conocimiento histórico de las sociedades mesoamericanas. Lentamente en el siglo XX se comenzó a construir el conocimiento histórico de ese mundo tan diverso pero apenas estudiado.¹¹ Se dejaba atrás la etapa romántica de grandes exploradores que “descubrían ciudades olvidadas o enorme monolitos” centrandose en el estudio de todos los rastros humanos (iniciandose así la etapa más brillante de la arqueología mexicana).¹² Estudiosos de Europa y América realizaron aportes que mejoraron la comprensión de las manifestaciones religiosas y artísticas, es el caso de el estudio de códices en donde resaltan Celia Nuttal, Eduard Seler, Hermann Beyer, Wigberto Jiménez y Alfonso Caso (entre otros), aunado a lo anterior se interrogó también acerca de las características económicas de la época en donde destacan estudiosos como Manuel Moreno (1931), Arturo Mozón (1949) y Miguel Acosta (1945), que dieron a la luz importantes estudios en la primera mitad del siglo XX.

En estos primeros años se debatía acerca del carácter de ciertas fuentes (como crónicas y códices): o eran históricas o eran “míticas”. De la respuesta a esta disyuntiva dependía el tipo de conocimiento que se podía obtener. Por ejemplo, si las crónicas eran fuentes históricas se podía reconstruir la ruta de los mexicas en su migración, y sobre todo, encontrar la ubicación de Aztlán (su ubicación, hoy día aún está en debate, algunos la quieren ver en Sinaloa, otros afirman que está en el mismo Lago de Texcoco). Pero si tales relatos no eran fuentes históricas, nunca podrían otorgar pistas e información certera sobre los hechos marcados.¹³

Los estudios rápidamente avanzaron; la información obtenida permitía vislumbrar una sociedad compleja. Para mejorar la comprensión se buscó el respaldo de teorías y metodologías de estudio. En este contexto y por el momento ya referido, el materialismo dialéctico tuvo gran influencia.

Para la segunda mitad del siglo XX, la conjunción del trabajo del arqueólogo, del teórico y del historiador dio como resultado una visión mucho más completa y, que sin embargo, casi exclusivamente giró entorno a la identificación del modo de producción y la caracterización de los rasgos constitutivos de la particular formación económico social mesoamericana, como veremos a continuación.

2. La aplicación del concepto Modo de Producción en el caso mesoamericano

A finales del siglo XIX, el conocimiento sobre la historia anterior a la llegada de los españoles era escaso. La escena estaba dominada por el evolucionismo social de

¹¹ Con algunas notables excepciones como la de Manuel Orozco y Berra.

¹² Bernal (1979: 90).

¹³ Navarrete (2000).

moda en Europa, acompañado de prejuicios y distorsiones. En el viejo continente, a los aztecas se les negaba el carácter de pueblo civilizado como a otros pueblos en la historia de la humanidad. Lewis Morgan (1877) concibió, en su esquema evolutivo universal, a los aztecas esencialmente como una banda de bárbaros. Carlos Marx primero, y después Engels, adoptaron la idea de un proceso evolutivo universal y a su vez postularon una secuencia que hacía del socialismo la etapa final.¹⁴

Para varias generaciones de estudiosos, las culturas antiguas de México fueron imaginadas como bandas sanguinarias con escaso desarrollo tecnológico, con mínima capacidad agrícola que, sin embargo, eran capaces de realizar deslumbrantes obras de arte que fueron interpretadas como productos excepcionales.

A la par de esa interpretación general, aumentaban los testimonios y fuentes históricas, como el de fray Bernardino de Sahagún (la imprescindible *Historia general de las cosas de la Nueva España* fue publicada en México a partir de 1829 por Carlos María de Bustamante), ello permitió que fuera sólo cuestión de tiempo para que se debatiera esa visión eurocéntrica y se corrigiera con nuevas investigaciones.

A la par, del campo de la antropología surgieron nuevos paradigmas como el difusionismo y sobre todo el relativismo cultural, que permitieron superar la idea de una evolución universal. Al camino único para la evolución de la humanidad se agregó el evolucionismo multilineal que reconoció la importancia de las particularidades y las diferencias presentadas por las culturas humanas en varias partes del mundo.

Para los años setenta, una vez rescatada la categoría de Modo de Producción Asiático para los estudiosos, éstos rápidamente apreciaron la necesidad de hacer estudios empíricos para evaluar la pertinencia del modelo. Una avalancha de estudios mostraron nuevos descubrimientos y sobre todo, las características encontradas en los rastros arqueológicos y en las fuentes históricas. Por ejemplo, destacan los estudios de Charles Gibson (1964) sobre los nahuas en el siglo XVI, de Friedrich Katz (1966) acerca de la situación económica de los aztecas, de Pedro Carrasco (1971) sobre la economía prehispánica, Víctor Castillo (1972) en torno a la estructura económica mexicana, Angel Palerm (1973) sobre obras hidráulicas en el valle de México, Alfredo López Austin (1974) que abordó la organización económica, entre otros.

Sin embargo, el énfasis puesto en el carácter hidráulico de la economía y el peso del modelo desvirtuó muchos de los estudios. Al decir de Lameiras:

¹⁴ Marx tenía otras interesantes ideas acerca del “provecho” que obtendría América Latina de su relación con Europa y EUA.

El despotismo agrohidráulico y la propia organización hidráulica (dos de los rasgos que en calidad y peso caracterizan a ese tipo de sociedad: Wittfogel, 1966: 191) se han estudiado desproporcionadamente, concediendo mayor atención a las obras hidráulicas en sí mismas y postergando los estudios sobre el control despótico de la sociedad.¹⁵

El carácter “despótico” del sistema político les recordó a muchos la argumentación de las ventajas de la civilización europea del siglo XIX. Aunque surgieron algunos rasgos sobresalientes: las características de la propiedad de la tierra no posibilitaban hablar de propiedad social o privada exclusivamente, sino que parecía que convivían diversos tipos de tenencia; lo mismo pasaba con el esclavismo reportado por las fuentes: no existía una caracterización única, pues coexistían los trabajadores adscritos a una propiedad y también los esclavos comerciados con destino al sacrificio; aunque la moneda estaba escasamente desarrollada existían grandes rutas de intercambio que al parecer habían sobrevivido al colapso de los grandes “imperios”, en parte debido a la especialización de pequeñas comunidades en el comercio (como los pochteca) y los mercados que eran más un mosaico diverso que la obra de un gran poder central (lo cual ponía seriamente en entredicho el modelo marxista); las obras hidráulicas eran abundantes y fundamentales para la producción agrícola, pero eran de pequeña envergadura (como chinampas, canales y terrazados, pues no había grandes ríos que controlar), junto a ellas, la tecnología agrícola era limitada pero efectiva; sobresalía el papel de la guerra como medio de obtener tributo; y la guerra nos lleva al papel del Estado y las características del “imperio” mexica: las comunidades no eran tan igualitarias como era de esperarse pues se especializaban y eran interdependientes, antes que un gran poder central omnipresente existieron y existirían grupos de parentesco sobre los que se levantaba el aparato estatal, la dominación era bastante laxa, pues al participar de una matriz cultural común, bastaba un sometimiento rápido para que las elites locales conservaran su posición, misma que se refrendaba con la entrega periódica del tributo pactado y la obediencia a las órdenes del gran centro político que era la ciudad de Tenochtitlan.¹⁶

Para los años ochenta era claro que la información recabada no permitía emitir opinión concluyente acerca de la existencia o no de un Modo de Producción Asiático en Mesoamérica. Algunos postularon una adecuación al modelo resaltando el carácter tributario del sistema económico ante la poca importancia de la obra

¹⁵ Lamerias (1985: 18-19).

¹⁶ Destaca sobre todo la discusión en torno al carácter del Calpulli, era éste una unidad de parentesco preestatal o una unidad administrativa impuesta por el Estado. Al respecto véase Escalante (1990).

hidráulica que, a pesar de ser abundante, no requería de un poder central organizador, pues bastaban pequeñas comunidades para su realización.

A pesar de esta reformulación, no hubo consenso. Y nuevos estudios matizaron sus bases teóricas y profundizaron el análisis de los testimonios indígenas. Entre estos destacan el de Luis Reyes quien trabajó la región de Cuauhtinchan (1977), Mercedes Olivera abordó la región cercana de Tecali (1978), Julio César Olivé estudió el modo de producción (1982), Hildeberto Martínez trabajó la tenencia de la tierra en Tepeaca (1984). Entre los hallagos destaca la existencia de cierta propiedad señorial fácilmente identificable con unidades feudales, lo cual agregó otra piedra más a los obstáculos de una definición global.¹⁷

Para mediados de los años ochenta, el interés sobre el modo de producción parecía decaer y se realizaron algunos esfuerzos para construir una definición final. Ejemplo de esto, es el libro *Origen y formación del Estado en Mesoamérica* (1986). Pero, el panorama era más desolador de lo esperado. Pues entre sus conclusiones destaca la siguiente opinión: “el modo despótico tributario no resiste un análisis crítico en tanto que pretenda tener validez como etapa progresiva de desarrollo de la humanidad, al mismo nivel que las que presenta originalmente Marx”.¹⁸

Y abundando aún más se afirmó que:

Al tratarse la tipología y la secuencia de los diferentes modos de producción que han existido, preponderó la orientación de desechar el valor instrumental del modo de producción asiático, cuya existencia conceptual fue negada por varios ponentes, mientras que otros, sin llegar a ese extremo, coincidieron en que el empleo del concepto, por su ambigüedad, propicia confusiones y no ha resultado provechoso en las investigaciones de la arqueología mesoamericana, en la que se ha empleado abusivamente durante los últimos años.¹⁹

En este punto los juicios se volvieron amargos:

Muchos escritores marxistas se deleitan remitiendo sutiles fragmentos de una definición a alguna publicación original de Marx y de Engels, y creen que una definición ‘correcta’ según la propia capacidad para ajustar una definición a los postulados de Marx y Engels es un análisis suficiente. Eso está bien para los interesados en la historia de las ideas, pero no es adecuado para una ciencia social empírica.²⁰

¹⁷ Chesnaux (1973).

¹⁸ Olivé (1986: 34).

¹⁹ Olivé (1986: 196).

²⁰ Plattner (1991: 36).

En síntesis, los hechos refutaban la versión historiográfica de estilo marxista, los acontecimientos socioculturales que configuraron las sociedades prehispánicas no eran fáciles de aprehender dentro de la estructura historiográfica de esta corriente, estableciéndose la duda de cómo pueden ser interpretados y cómo se puede caracterizar el sistema económico prehispánico.

Pero el fracaso en la definición no significó descartar lo obtenido. Las interpretaciones se basaron en un profundo estudio de los testimonios y de éstos surgió una visión compleja que reclamaba una actitud crítica para entender la riqueza de las manifestaciones mesoamericanas lejos de los moldes. Así, como consecuencia de los primeros trabajos de los años setenta, distintos investigadores abordaron el estudio de la sociedad prehispánica dejando a un lado la preocupación por identificar un modo de producción específico o por caracterizar correctamente la formación económica mesoamericana, permitiendo que el mundo antiguo se explicara con sus propios términos.

Entre estos estudios destacan el ya citado de Víctor Castillo que usó las fuentes nahuas para establecer los elementos de la economía prehispánica (1972). Antes de él, Charles Gibson (1964), a través de papeles nahuas del siglo XVI, caracterizó el funcionamiento de la sociedad nahua. Otros más, como Alfredo López Austin en los años ochenta (1980) y James Lockhart en los noventa (1992), confirmaron la importancia del estudio de la documentación en náhuatl. En esta línea, Ross Hasig (1985) profundizó el conocimiento del comercio, como también lo abordó Frances Berdan con las redes de distribución (1975). Trabajos que, apoyados en otras perspectivas historiográficas, han dado vida a una visión muy diferente de la sociedad nahua precortesiana.²¹ Tales trabajos permitieron superar la posición eurocentrica y generar categorías autóctonas como: tlatocáyotl, altépetl y calpulli.²²

3. Notas sobre la economía prehispánica

En este panorama el estudio de la sociedad prehispánica continua. Sin el peso del modelo a cuestas, algunas cosas seguras se saben.

La historia de los mexicanos es una trama que se repitió varias veces en el proceso de civilización mesoamericana. Los nahuas de México–Tenochtitlan reprodujeron esquemas, asimilaron tradiciones y, como otros pueblos, se lanzaron a la conquista de otras comunidades que, como ellos, tenían sus propios dioses y su par-

²¹ Ejemplo de las recientes interpretaciones es el trabajo de Clendinnen (1991).

²² No se trata de encontrar la palabra náhuatl que corresponda con el término latino, sino de entender las características de la sociedad en sus propias expresiones. Además, ello resalta el carácter modular de la organización política náhuatl que funcionaba más como agregados que iban de lo simple a lo complejo: Calpulli–Altépetl–Tlatocáyotl–Hueytlatocáyotl.

ticular idea de su papel en este mundo. La única diferencia era que los nahuas tenochcas (o mexicas) tenían éxito en su batallar guerrero y eso retroalimentaba la imagen que ellos mismos construyeron como pueblo destinado a mantener el mundo en marcha.

En efecto los mexicas tuvieron éxito. En doscientos años dejaron de ser una tribu errante y despreciada para volverse el centro del universo. En 1325 fundaron Tenochtitlan; cien años después se independizaron de Azcapotzalco con el apoyo de sus aliados texcocanos; cincuenta años más y se lanzaron a la conquista del mundo por ellos conocido, aunque sufrieron algunos fracasos (como la expedición de Axayácatl contra Michoacán, y la obstinación de Motecuhzoma el joven contra Tlaxcala). En realidad, el gran imperio fue construido en los cincuenta años previos a la llegada de Cortés, y sí, esa gran ciudad, México–Tenochtitlan que maravilló a los españoles e imponía temor en sus aliados indígenas, fue producto del tributo.²³

La economía mexica tenía tres fuentes de abasto: la producción propia (la isla era también un conjunto de tierras altamente productivas que producían maíz y hortalizas, además del aprovechamiento de los recursos lacustres), los bienes que llegaban gracias al tributo (algunas regiones fueron dominadas específicamente por su riqueza agrícola, como la huasteca y el valle de Chalco que producían maíz, el Soconusco que entregaba cacao, o el caso de Cuauhnáhuac que aportaba algodón), y los bienes (sobre todo artículos de lujo) que llegaban con el comercio.²⁴

La sociedad prehispánica había alcanzado un elevado nivel de especialización mostrado en el papel del tributo en los sistemas de intercambio. Primero como un intercambio entre el sector gobernante y el pueblo y después como un sistema de intercambio generalizado en los mercados de la Cuenca de México que por su dimensión y variedad reflejan el alto grado de diversidad técnica de las economías del imperio.

Entonces la economía estaba ligada al tributo y éste a la dimensión de los requerimientos de la demanda de alimentos y de mercancías en general. En efecto, la necesidad de la expansión territorial estaba asociada a las necesidades de subsistencia de una ciudad en ascenso de poder, demográfico y social. Tenochtitlan en la época de Motecuhzoma el joven no era autosuficiente, ni siquiera con las aportaciones de las regiones ribereñas; de este modo su subsistencia y el mantenimiento

²³ La fecha de la fundación de Tenochtitlan, así como muchas otras fechas importantes en la historia mesoamericana, no está certeramente establecida. Así, para Katz y Vaillant la fundación es en 1325; para Kirchoff es 1364 o 1390, para López Austin es 1345, aunque en el *Código Mendocino* se asienta la fecha 2 Calli (1324).

²⁴ La afluencia de recursos, su control y distribución, originaron de acuerdo con Pedro Carrasco (en una explicación netamente marxista): a) una economía controlada por un organismo político, b) el desarrollo de un sistema tributario, c) la existencia de tierras públicas, d) grandes obras públicas organizadas por el Estado, e) la creación de almacenes estatales con lo que se reunía de tributo y f) mercaderes profesionales, rutas de comercio y mercados especializados. Carrasco (1976: 15-16).

de su grandeza requería de la aportación de todos sus dominios. Por consiguiente, se puede sostener que uno de los fundamentos de su expansionismo sería el económico, aunque no fuera este el confesado.

La legitimidad (y justificación de la dominación y conquista) brotaba de la actividad religiosa. A los cuatro rumbos del universo se difundía que los mexicas tenían que dar al Sol la sangre de los hombres para que éste continuara alumbrando y haciendo brotar al maíz de la tierra. Para ello había una gran cantidad de sacerdotes especialistas en el arte de alimentar a los dioses y lograr su complacencia para posibilitar la permanencia del mundo y la situación privilegiada de México-Tenochtitlan en él.

El poder político emanaba de las conquistas militares y éstas eran el producto de la especialización en la guerra (gracias a un poderoso y elaborado aparato bélico, que, sin embargo, fue destruido por la superioridad tecnológica europea y el aplastante respaldo de las comunidades indígenas que deseaban sacudirse la dominación tenochca), y por las relaciones con otros pueblos de la Cuenca de México que incluían alianzas matrimoniales y destinos mitológicos compartidos (los tlatelolcas y los tlahuicas nunca abandonaron a los mexicas, como sí lo hicieron los texcocanos).

La administración del imperio recaía en un numeroso grupo de nobles especialistas, que llevaban registro de las cantidades de productos obtenidas y de su uso y distribución. Esta estructura central se apoyaba en las administraciones locales encargadas de recabar el tributo en cada comunidad o a través de delegados (particularmente odiados), lo mismo que en la ciudad de Tenochtitlan, donde los calpulli tenían sus propios cuerpos encargados de llevar las cuentas.

El tributo fue el medio por el cual la sociedad tenochca obtenía los recursos necesarios para su subsistencia, ya fuera en especie o en trabajo humano.²⁵ La obtención del tributo (considerándolo como alimento para los hombres y los dioses) por medio de la guerra, se convirtió en la actividad central de la sociedad tenochca, todos los miembros de ella ofrecían su tributo, o *téquitl*.²⁶

En el reparto del tributo jugaba un papel esencial el *huey tlatoani*. Era parte de sus tareas organizar la distribución y uso de los recursos económicos: abrir los almacenes reales para alimentar al pueblo, proveer a los templos, recompensar actos valientes, aumentar el tributo para solventar accidentes o gastos excesivos.

El volumen del tributo recaudado por México-Tenochtitlan ha sido calculado por varios autores con base en la *Matrícula de Tributos* y el *Códice*

²⁵ “El tributo consistía, por una parte, en pagos periódicos de maíz y de otros alimentos básicos, de productos de uso común y de lujo, así como en servicios y trabajo; y por otra parte, en la entrega esporádica de obsequios en bienes exóticos”. Broda (1985: 443).

²⁶ Broda (1985: 443).

Mendocino. Rojas ha hecho el siguiente recuento: los alimentos alcanzaban la cantidad de 52,800,000 kilogramos; el número de mantas de algodón era mayor a 2 millones; el número de las mantas de henequén era casi de 300,000; los *máxtlatl*, las faldas y los huipiles eran 240,000; y el monto total de los tributos recibidos por Motecuhzoma era de 200,000 pesos oro al año.²⁷

La interpretación hecha del tributo orientado sólo a las clases gobernantes excede cualquier calculo relativo a su tamaño, y a la magnitud del tributo y a la composición del mismo. El monto de los impuestos pagados en especie que denominamos tributos eran destinados a las ciudades donde residían las cortes, y no a los elementos de las cortes y, por lo tanto, eran dedicados al pago de los servicios proporcionados al gobierno.

Entonces la idea general de tipo clasista que sustenta que el tributo sirve únicamente a los elementos más elevados de la escala social no es respaldada con los hechos, es una consecuencia de la teoría de la lucha de clases en donde el Estado está al servicio de una de ellas. Tampoco es ahora necesaria dado que la teoría del Estado ha venido avanzando y otros puntos de vista de la relación entre el poder y el pueblo se han desarrollado. En efecto, la historiografía contemporánea y la teoría del Estado muestran que éste es resultado de un tejido institucional cuyo fundamento está en el cumplimiento de acuerdos que facilitan la sobrevivencia de las sociedades. Es un garante de las reglas de convivencia social y por lo tanto su funcionalidad clasista actualmente no está bien fundamentada.²⁸

El tributo parece ser el resultado de un conjunto de servicios militares derivados de la especialización de las sociedades de la meseta central pero sobre todo de los aztecas, pueblo ubicado en un contexto de escasez en donde se especializa en la generación de alianzas administrativas y respaldos militares que dieron estabilidad a su estructura social.

El periodo de estabilidad que generó esta acción fue acompañado por la presencia de tres elementos de una estructura social en donde la administración, la milicia y el comercio son el fundamento del intercambio con los pueblos de la Cuenca de México y con sus vecinos inmediatos hasta la formación del dominio territorial y la zona de influencia de la organización encabezada por el pueblo mexicana.

²⁷ Rojas (1986: 222-223). Otro recuento de los tributos consignados en las mismas fuentes establece: 7,000 toneladas de maíz; 4,000 de frijoles; 4,000 de chíca; 4,000 de amaranto; 21,000 kilos de cacao; 36,000 kgs. de chile seco; 4,000 jarras de miel; grandes cantidades de sal; 2,079,200 piezas de tela de algodón; 296,000 piezas de tela de fibra vegetal; 240,000 faldas y blusas; 144,000 taparrabos y 100,000 kilos de algodón en rama. Litvak, «Mesoamérica y la economía», pp. 5-6, citado por Gendrop, *Arquitectura Mesoamericana*, p. 254.

²⁸ Esta visión clasista fue muy popular en los años setenta, cuando postuló la existencia de una época clásica "teocrática" y una posclásica "militarista".

Así la economía de la Cuenca implicaba el desarrollo de pueblos especializado en el comercio, en la prestación de servicios militares y de administración, y en la economía artesanal y agrícola. La consecuencia fue un sistema de acumulación que en tan solo 100 años formó una sociedad admirada por conquistadores.

A manera de conclusión

La economía mexicana, en una primera etapa, estaba especializada y se desenvolvía en condiciones de estabilidad en los sistemas de intercambio, la cual había sido establecida de manera continua en los últimos 50 años antes de la llegada de los españoles. En esta estructura el sistema de intercambio era doble. Por un lado, el sistema público que se fundamentaba en el intercambio de bienes por servicios para mantener la funcionalidad de la ciudad, este era el papel fundamental del tributo, la forma en que llegaban los excedentes para la distribución no sólo del consumo de los grupos gobernantes sino de sus servidores en general.

Quizá por esto sea necesario revalorizar el papel que tenían, en lo económico, los gobernantes. Es decir, la remuneración de sus empleados, incluidos los militares, por los servicios públicos que prestaban, y segundo, la función distributiva general en periodos de escasez. La eficiencia con la que el Tlatoani cumplía sus funciones era determinante para su permanencia en el poder.

Pero en la estructura económica eran fundamentales los comerciantes, su incremento es un reflejo del grado de especialización y sofisticación que alcanzó el consumo urbano.

En ese sentido, si bien es cierto que las obras hidráulicas fueron de interés, éste fue básicamente urbano. En todos los casos restantes las obras fueron pequeñas, de modo que es difícil sostener el argumento del poder público ligado a la realización de obras hidráulicas como en el caso de las economías ribereñas del Eufrates y el Tigris o del Nilo en Egipto, o incluso de China. Las obras hidráulicas existen pero las grandes corrientes se forman apenas desde las montañas que forman la Cuenca, los recursos agrícolas no eran suficientes para generar a partir de ellos un estado burocrático como el sustentado en el modelo que supone el Modo de Producción Asiático.

Tampoco la expansión se fundamenta en el dominio de la economía hidráulica. El Estado mexicano tuvo una política de expansión fundada sobre la base de permitir en su interior un crecimiento económico capaz de crear expectativas de movilidad social, y esta táctica le fue fundamental para el establecimiento de su hegemonía. Así la riqueza proveniente del tributo sirvió para la edificación de un sistema que creaba en los habitantes un ambiente de bienestar general.

En una segunda etapa parece ser que el modelo se extendía, la acumulación de riqueza permitía generar certidumbre en todo los sistemas de intercambio ya no sólo en la meseta sino de tipo interregional. Existía un sistema de caminos, un conjunto de obras de seguridad tales como fuertes, y un conjunto de alianzas que garantizaban el papel dominante pero también el sistema de intercambio general del gobierno.

La consolidación de un Estado basado en la seguridad daba al aspecto militar una relevancia particular. Había conciencia de que se debían otorgar a los elementos de la milicia algo más que la promesa de una regia vida al lado de su dios después de la muerte, de modo que la misma pudiera tener certeza de que contarían con abrigo y buena posada en este mundo. También la había al respecto de la necesidad de garantizar los servicios públicos de mantenimiento y vigilancia de la ciudad y de los mercados y de educación. Así como la distribución en caso de desgracia. No es que no existieran jerarquías pero éstas no impedían un estado general de participación en el sistema de crecimiento.

Por consiguiente, actualmente no parece necesario identificar el modo de producción mesoamericano, aún más, parece que el aspecto teórico pierde peso ante los trabajos empíricos que abordan esa misma problemática con paradigmas alternativos.

Referencias bibliográficas

- Acosta, Miguel (1945). *Los pochteca, ubicación de los mercaderes en la estructura social tenochca*, México: ENAC.
- Bartra, Roger (1969). *El modo de producción asiático, antología de textos sobre problemas de la historia de los países coloniales*, México: Era, 375 p. (El hombre y su tiempo).
- Berdan, Frances (1975). *Trade, tribute and market in the Aztec empire*, Austin, Texas: University of Texas, 1975, 404 p.
- Bernal, Ignacio (1979). *Historia de la arqueología en México*, México: Porrúa, 208 p.
- Boehm de Lameiras, Brigitte (1986). *Formación del Estado en el México prehispánico*, México: El Colegio de Michoacán, 473 p.
- Broda, Johanna (1985). "La expansión imperial mexicana y los sacrificios del Templo Mayor" en Monjarás-Brambilla-Pérez (coords.) (1985).
- Carrasco, Pedro (1971). "Social organization of ancient México" en Wauchope, Gordon & Bernal (coords.) *Handbook of Middle American Indians*, vol. 10, University of Texas Press, pp. 349-375.

- (1996). *Estructura político-territorial del Imperio tenochca, la Triple Alianza de Tenochtitlan, Tetzaco y Tlacopan*, México: FCE-El Colegio de México, 670 p. (Sección de obras de historia, Fideicomiso historia de las Américas).
- Chesneaux, Jean (1973). *El modo de producción asiático*, México, Grijalvo (Colección 70, 42).
- Clendinnen, Inga (1991). *Aztecs, an interpretation*, Cambridge: Cambridge University Press, 398 p.
- Escalante, Pablo (1990). “La polémica sobre la organización de las comunidades de productores” en *Nueva Antropología*, 38, pp. 147-162.
- Godelier, Maurice, Marx, Carlos y Engels, Federico (1969). *Sobre el modo de producción asiático*, España: Martínez Roca, 269 p.
- Hassig, Ross (1985). *Comercio, tributo y transportes, la economía política del valle de México en el siglo XVI*, México: Alianza Editorial, 300 p.
- Katz, Friedrich (1966). *Situación social y económica de los aztecas durante los siglos XV y XVI*, México: CNCA, 250 p. (Cien de México).
- Lockhart, James (1992). *Los nahuas después de la conquista, historia social y cultural de la población indígena del México central, siglos XVI-XVII*, México, FCE, 717 p. (Sección de obras de historia).
- López Austin, Alfredo (1974). “Organización política en el altiplano central de México durante el posclásico” en *Historia Mexicana*, vol. XXIII, pp. 515-550.
- (1980). *Cuerpo humano e ideología, las concepciones de los antiguos nahuas*, 2 vols., México: UNAM-IIA, (Etnología/Historia, Serie Antropológica 39).
- Martínez, Hildeberto (1984). *Tepeaca en el siglo XVI, tenencia de la tierra y organización de un señorío*, México: Ciesas, 230 p.
- Marx, Karl y Eric Hobsbawm (1971). *Formaciones económicas precapitalistas*, México: Siglo XXI, 119 p. (Biblioteca del pensamiento socialista, serie los clásicos).
- Medina, Andrés (1986). “Presentación” en *Origen y formación del Estado en Mesoamérica*, México, UNAM-IIA, 197 p. (Etnología/historia, Serie Antropología 66).
- Monjarás Ruiz, Jesús, Rosa Brambila y Emma Pérez Rocha (coors.) (1985). *Mesoamérica y el centro de México*, México: INAH, 522 p. (Biblioteca del INAH, serie Antropología).
- Monzón, Arturo (1949). *El calpulli en la organización social de los tenochca*, México: UNAM-Instituto de Historia, 112 p. (Instituto de Historia, 14).
- Moreno, Manuel (1931). *La organización política y social de los aztecas*, México: UNAM.

- Morgan, Lewis (1877). *Ancient society*, Harvard University Press.
- Navarrete, Federico (2000). “La migración mexicana: ¿invención o historia?” en Constanza Vega Sosa (coord.), *Códices y documentos sobre México, tercer simposio internacional*, México, INAH, pp. 303-322.
- Olivera, Mercedes (1978). *Pillis y macehuales, las formaciones socioeconómicas y los modos de producción de Tecalli del siglo XII al XVI*, México: CIESAS, 246 p.
- Palerm, Angel (1990). *México prehispánico. Ensayos sobre evolución y ecología*, México: CNCA, 499 p. (Regiones).
- Plattner, Stuart (1991). *Antropología económica*, México: CNCA–Alianza Editorial, 626 p. (Los noventa, 76).
- Reyes, Luis (1977). *Cuauhtinchan del siglo XII al XVI: formación y desarrollo histórico de un señorío prehispánico*, Weisbaden: Franz Steiner Verlag.
- Rojas, José Luis de (1986). *México Tenochtitlan, economía y sociedad en el siglo XVI*, México: El Colegio de Michoacán–FCE, 329 p. (Crónica de la ciudad de México).
- Sofri, Gianni (1971). *El modo de producción asiático, historia de una controversia*, Barcelona: Ediciones Península, 232 p.